

Por una mayor soberanía alimentaria

He comentado en muchas ocasiones que la mejor manera de hacer frente a la globalización neoliberal que se ha adueñado del mundo es plantarle cara desde el ámbito de lo local, porque es ahí donde la democracia cobra su dimensión más importante, donde se dan las respuestas más inmediatas a las necesidades ciudadanas y donde se pueden propiciar las transformaciones desde abajo hacia arriba.

La defensa de lo local garantiza la proyección del pueblo en los asuntos que más le competen y desde donde podemos asegurar otras autonomías necesarias para la supervivencia de esta comunidad canaria, aislada en medio del Atlántico.

Es nuestra obligación potenciar todo lo que disminuya nuestra dependencia del exterior y si lograrlo es cuestión de voluntad política, imaginación y determinación, dejarnos guiar por los que dicen que no se puede no es una opción. Es posible alcanzar mayores cotas de independencia energética y también lo es lograr un nivel más elevado de soberanía alimentaria. Y es que tanto en un caso como en el otro, pero principalmente en lo que a la última se refiere, no cabe entender la alimentación sólo como un negocio sino como una actividad básica para las personas y los territorios. Se trata, en suma, de un cambio de modelo desde una visión puramente mercantilista hacia otro en el que se tienen en cuenta factores sociales, ambientales y de proximidad.

Según Intermón Oxfam, el comercio alimentario mundial está en manos de 500 empresas y sólo diez de ellas controlan el 70% del mercado. No podemos estar a expensas de sus mandatos y depender en un 90%, como nos sucede actualmente, de la importación y, en consecuencia, de las vicisitudes que eso entraña (encarecimiento de los combustibles, factores meteorológicos, cotización en los mercados...) y menos en esta agradecida tierra que con un poco de agua nos ofrece inmejorables productos y, gra-

cias al océano batiente que nos rodea, excelentes frutos del mar.

Europa ha perdido tres millones de explotaciones rurales. Los especuladores acaparan el mercado para incrementar los precios a costa de aumentar el número de pobres en 70 millones y poner en riesgo la paz mundial. Más de mil millones de personas se encuentran en situación de inseguridad alimentaria y la previsión de que los precios se dupliquen en 15 años son razones más que suficientes para replantearnos la situación.

Basta con mirar a nuestro alrededor para comprobar que no podemos continuar en esta línea: actualmente sólo existen 9.500 hectáreas de cultivo en Gran Canaria y nuestra soberanía alimentaria se reduce a apenas el 10% de lo que necesitamos, cuando la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) recomienda que los territorios incrementen su independencia alimentaria al menos hasta el 40 por ciento, así que tenemos mucho trabajo por delante. Debemos cuestionarnos también cómo es posible que las islas sólo produzcan el 1% de los insumos de la ganadería.

Las preguntas son obvias. A la vista de esta monstruosidad, ¿es una locura intentar producir aquí lo que nos permita nuestro territorio en vez de importarlo de fuera?

En resumen, hay multitud de datos que ponen de relieve que son muchas las cosas que no se están haciendo bien y que producen el efecto contrario al deseable. Sin embargo hay que ir más allá de la corrección de las medidas actuales, hay que sumar actuaciones novedosas e innovadoras, transformadoras de la realidad e ilusionantes, que logren aumentar nuestra autosuficiencia agroalimentaria.

Siempre de la mano de los agricultores, que conocen y trabajan la tierra, es preciso adoptar estrategias que favorezcan el cambio de mode-

lo, incluyendo el fomento de la agricultura y ganadería ecológicas e integradas, la diversidad agrícola y ganadera, con la creación de un banco de suelo y el fomento de especies tradicionales y autóctonas. Las actuaciones que defendemos incluyen planes de asesoramiento a los productores en materia de medioambiente, calidad, mejora de la competitividad y fomento del asociacionismo, cooperación intermunicipal y el apoyo decidido a la agricultura familiar. Hay que apostar también por la creación de bancos de semillas, apoyar la compra pública, realizar campañas de concienciación sobre el consumo responsable y cercano, fomentar la alimentación de calidad para nuestros niños desde la escuela, educar en el valor de la alimentación natural y próxima como base de la salud, los productos de cercanía y ecológicos en los mercadillos municipales para evitar así la tiranía de las grandes superficies, que paga poco a los productores y cobra mucho a los consumidores.

Hay que favorecer la creación de pequeñas y medianas explotaciones e industrias complementarias, así como los asentamientos poblacionales en el medio rural con la creación de puestos de trabajo vinculados al territorio. Promover el aho-

rrro energético y del agua y reducir la dependencia de los combustibles fósiles también contribuirá a aumentar la soberanía alimentaria y encaminarnos al gran objetivo de lograr una auténtica Eco-isla. Debemos fomentar la compra por parte del sector turístico de productos elaborados en Gran Canaria a través de un sello de compromiso con la sostenibilidad de la isla. No podemos permitir que el 85 por ciento de los productos que consumen nuestros visitantes provenga del exterior.

Es una tarea ingente la que queda por delante. La Granja Agrícola Experimental del Cabildo grancanario es un instrumento perfecto para desarrollar estas políticas de potenciación del sector agropecuario. La formación, la información, la investigación, la implicación de los productores y productoras... encuentran su eco en la publicación que ahora tiene en sus manos. Gracias a todos los que la hacen posible y a los que alientan la noble tarea de fortalecer el sector primario.

Antonio Morales Méndez.
Presidente del Cabildo de Gran Canaria